

JOSH REYNOLDS

LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX

LA REINA SERPIENTE



WARHAMMER[®]
minotauro

JOSH REYNOLDS

**LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX**

LA REINA SERPIENTE

minotauro

Las aventuras de Gotrek y Félix: La Reina Serpiente

Published by Black Library, 2014
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *Gotrek & Felix: The Serpent Queen*

Gotrek & Felix: The Serpent Queen, Las aventuras de Gotrek y Félix: La Reina Serpiente, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito, 2024
Ilustración de cubierta: Dave Greco
Mapa: Nuala Kinrade

ISBN: 978-84-450-1722-7
Depósito legal: B. 2.211-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

—¿Tramposo yo? —El escandalizado bramido de Gotrek, que rezumaba incredulidad, retumbó en la cubierta del *Orfeo*. Sobresaltadas por el exabrupto, las gaviotas que se habían posado en el mástil principal del barco mercante echaron a volar por el aire salobre de la primera hora de la noche. Las aves ascendieron a través de la bruma cada vez más espesa y dejaron atrás un puñado de plumas desprendidas y el eco de sus chillidos estridentes. La tripulación de la nave, formada por una variopinta colección de granujas y canallas reclutados en una docena de puertos, interrumpió lo que estaba haciendo, pero solo brevemente. En las semanas que habían pasado desde que partieran del puerto de Sartosa se habían acostumbrado a los ocasionales arrebatos del Matador.

Félix Jaeger alzó la mirada.

—¿Y ahora qué pasa? —masculló. Entrecerró los ojos y sus facciones finas y bronceadas se tensaron en una momentánea mueca de preocupación. Sus ojos se desviaron hacia la espada envainada que estaba apoyada contra la barandilla del barco, al alcance de su mano. La cabeza de dragón dorada del pomo de la espada de nombre *Karaghul* destellaba con los rayos del sol

crepuscular. Félix devolvió la atención a la discusión que estaba produciéndose en el otro lado de la cubierta, más tranquilo después de comprobar que podría empuñar el acero y extraerlo de su sencilla funda de cuero en pocos segundos si la situación lo requiriera. No sería la primera vez que el inflamable temperamento de Gotrek les obligaba a luchar a vida o muerte y la experiencia le había enseñado a estar preparado para la inevitable tormenta ígnea.

—¡Yo no soy ningún tramposo! —rugió Gotrek. El Matador clavó un dedo regordete en la nariz de su acusador. La fuerza del gesto empujó hacia atrás al desdichado marinero, que cayó de espaldas al suelo. El enano era un bloque de tejido cicatricial y músculos, y Félix lo había visto matar sin querer de un manotazo en más de una ocasión. El resto de los marineros que habían formado un semicírculo alrededor de Gotrek comenzaron a retroceder para dejar espacio al Matador y a su nuevo compañero de juego—. ¡Los enanos no hacen trampas! —gruñó Gotrek—. ¡Solo los humanos, y los elfos y la asquerosa chusma de la Asamblea hacen trampas!

—¡Yo no he dicho que hayas hecho trampas! —protestó el marinero—. ¡Solo he dicho que has tenido una tirada afortunada! —Su mano se deslizó hacia el puñal que llevaba metido en la faja de colores brillantes que le rodeaba la cintura.

«No lo hagas —suplicó mentalmente Félix—. Así solo conseguirás sacarlo de quicio.» Dejó salir el aire que había contenido sin darse cuenta cuando el marinero se lo pensó mejor y alejó ostensiblemente las manos de la empuñadora del cuchillo.

—Es lo mismo —masculló Gotrek. Sonrió dejando a la vista su dentadura llena de huecos y flexionó las manos cubiertas de cicatrices.

A Félix le recordó a un tigre sacando las uñas. Al menos el Matador había dejado el hacha apoyada contra un barril de agua. Félix se relajó. Gotrek no estaba enfadado de verdad. Solo estaba aburrido, lo cual, en más de un sentido, era aún peor.

—Ahora discúlpate. O me haré un monedero con tu cuero cabelludo —espetó Gotrek gesticulando groseramente para enfatizar sus palabras.

Félix puso los ojos en blanco y devolvió su atención al lamentable estado de su capa de viaje de lana de Sudenland extendida sobre las rodillas. Tenía tantos agujeros que parecía un queso de Wissenland y en ese momento era igual de práctica para resguardarse de la lluvia. Enhebró la aguja con sumo

cuidado y se puso a remendar el agujero más grande. Había tenido que pagar una buena suma de dinero por unos retales del color y el material adecuados. Cada vez le resultaba más difícil encontrar lana de Sudentland teñida del mismo tono del color de su capa. Se sentía tentado de comprar una capa nueva para ahorrarse quebraderos de cabeza, pero por alguna razón no le parecía bien hacerlo.

La vieja capa le había visto salvarse del fuego, de inundaciones y de morir de hambre. Lo había protegido de la lluvia en los tenebrosos bosques del Imperio y en los neblinosos pantanos de Albión. Lo había guarecido de la nieve en las Montañas del Fin del Mundo y del sol en los desiertos de Arabia y las colinas de Tilea.

Sus finos dedos recorrieron los rasgones en la tela y se deslizaron por las manchas descoloridas. Cada una de esas cosas era un recuerdo que había que conservar, una historia que debía contarse. O eso le había dicho su madre el día que le compró la capa. Ya entonces era vieja. La había llevado consigo cuando se marchó a la universidad, como una manera de recordar a su madre. Cogió un pliegue entre los dedos y frotó la áspera tela.

—Cada marca es una historia —murmuró. Se examinó la mano y la fina telaraña de cicatrices que la cruzaba. Si cada marca contaba una historia, él era una colección de historias. Y Gotrek una epopeya en varios volúmenes, como poco.

Sin perder el hilo de sus pensamientos, Félix levantó los pies cuando un marinero resbaló en la cubierta húmeda y se estampó contra el barril en el que él estaba sentado. Con la puntera de la bota desvió de su trayectoria al hombre, de cuya boca salió un gruñido, y volvió a bajar los pies.

Gotrek rio de una manera repugnante y se dirigió con pasos pesados hacia el marinero tirado en el suelo. Su cara ancha y hosca estaba arrugada de una manera que dejaba claro que se lo estaba pasando bien y en su único ojo había un brillo de regocijo. Era una expresión rara en Gotrek, que tendía a avinagrarse cuando no tenía los brazos bañados en sangre hasta los codos, y Félix hizo una pausa en su labor para estudiarla. Como les ocurría a todos los poetas, la inspiración a menudo lo pillaba desprevenido. Había en esa expresión de Gotrek Gurnisson un atisbo del enano que había sido antes de que se afeitara la cabeza, se tiñera y se ungiera el cabello restante para formar una altísima cresta carmesí e hiciera el juramento de los Matadores, que lo había

puesto en la senda de la muerte gloriosa y redentora. A pesar de todos los años que llevaban juntos, Félix sabía muy poco sobre el pasado de Gotrek, y la forma de pensar del Matador seguía siendo el mismo misterio indescifrable que el día en que estando borracho había jurado seguir a Gotrek y dejar constancia de su destino.

—Creo que ya ha quedado clara tu postura, Gotrek —terció Félix devolviendo su atención a la capa.

—Solo estoy calentando un poco, humano —dijo Gotrek frotándose el parche del ojo con los nudillos—. Llevamos semanas encerrados en esta garra. ¡Semanas, humano! ¡Semanas sin siquiera un morado en un nudillo ni probar el sabor de la sangre!

—¿Tengo que recordarte que esto fue idea tuya? —preguntó con sumo cuidado Félix. El temperamento de Gotrek era tan voluble como legendario, capaz de fundir un florín, y Félix no quería que la ira del Matador cayera sobre él.

Gotrek frunció el ceño y escupió.

—Yo no iría por ahí —le advirtió hoscamente.

—Entonces no lo haré —replicó Félix. El marinero, que sangraba por la nariz desfigurada y morada, se había puesto en pie, pero Gotrek, que miraba con ferocidad a Félix, parecía haberse olvidado de él—. Gastaste el dinero que nos quedaba en estos pasajes. Solo estoy sugiriendo que tal vez deberías intentar no lisiar a la tripulación antes de que lleguemos a nuestro destino.

El *Orfeo* se dirigía a Puerto Manglar, situado en la costa oriental de las Tierras del Sur. Era un puesto avanzado y un faro para aventureros, criminales, piratas y cazatesoros de toda índole y procedencia. Exploradores de Catai habían puesto sus cimientos hacía varios siglos y desde entonces había cambiado de manos en numerosas ocasiones: desde Arabia hasta Tilea, pasando por Estalia, la habían contado entre sus posesiones. Actualmente estaba bajo jurisdicción del Imperio. O así era en el momento en que zarparon. Félix tenía los conocimientos suficientes sobre esa clase de sitios como para saber que importaba poco qué bandera ondeara por encima de la empalizada.

—Después de todo, todavía nos quedan algunos días de viaje —añadió.

Antes de que Gotrek pudiera replicar, el marinero, agarrándose la nariz rota, golpeó al Matador con una cabilla en el cogote tatuado. La pieza cilíndrica se hizo añicos y el marinero retrocedió tambaleándose, mirando

boquiabierto el trozo roto de madera que sostenía. Gotrek cerró la boca de golpe y volvió su mirada furibunda hacia su agresor.

—No estaba hablando contigo —espetó Gotrek. Agarró al marinero por la pechera de la camisa, lo levantó del suelo sin esfuerzo y lo envió volando por el aire contra sus compañeros de un empujón casi suave—. ¡Así que espera tu turno!

Félix suspiró. La mirada arrebatada de Gotrek volvió a clavarse en él. Félix mantuvo los ojos fijos en la capa. Gotrek hizo el ademán de hablar, pero sus palabras se perdieron en el grito de *¡Apresadlo!* y una repentina avalancha de marineros coléricos que se abalanzaron sobre él. Félix apartó un poco el barril para ponerlo fuera del alcance de la pelea. Gotrek lanzó un bramido jovial y golpeó con un puño rollizo a un hombre en la barriga. El marinero se dobló alrededor del brazo del Matador como si fuera un odre desinflado y se derrumbó sobre la cubierta. Los hombres volaban por los aires y aterrizaron hechos un amasijo a lo largo y a lo ancho de la cubierta, mientras Gotrek se paseaba entre ellos con un entusiasmo brutal. Su oponente inicial soltó un gáñido de pavor cuando Gotrek lo agarró. El Matador estaba levantando el puño para agravar el estropicio que ya había hecho en la cara del hombre cuando el disparo de una pistola desgarró el aire.

Félix echó un vistazo por encima del hombro. La figura encorvada y con los ojos somnolientos del capitán del barco, con una pistola humeante en una mano y una botella medio vacía de Catrazza tinto en la otra, se tambaleaba en la cubierta superior. El capitán Bolinas afirmaba que era oriundo de Nordland, pero Félix jamás había conocido a un nordlandés que hablara con acento tileano.

Bolinas tomó un trago de la botella y les clavó una mirada feroz con los ojos legañosos.

—Te agradecería que no te cargaras mi tripulación, Gurnisson —dijo eructando—. Estamos entrando en aguas peligrosas y necesitaremos hasta el último hijo de su madre, como que yo no soy tileano.

—Eres tileano, Bolinas —espetó Gotrek dejando caer al suelo a su oponente.

—Patrañas, por Ulric —dijo el capitán señalando con la pistola al enano—. Nací en las costas heladas de Nordland. Deja de atizar a mi tripulación. Gracias, Gurnisson.

Bolinas se tambaleó cuando una ola elevó el barco y Félix temió por un momento que saliera disparado de la cubierta. Bolinas se enderezó con el elaborado esmero de un contumaz borrachín profesional. Gotrek no se fiaba de él ni de su enclenque barcaza mercante que hacía agua por todas partes, pero le había hecho un juramento. Sus caminos ya se habían cruzado en el pasado, aunque no por voluntad del Matador ni del capitán. Sin embargo, era evidente que Bolinas conocía a Gotrek desde hacía tiempo. El Matador sonrió y le tendió una mano.

—Dame esa botella y tendremos un trato.

—¿Qué botella? —preguntó Bolinas tomando otro trago. Vació la botella y la arrojó por la borda.

Gotrek lo miró con su único ojo desorbitado un momento y luego su sonrisa se ensanchó.

—¡Ja! Sabía que tenía que haber una razón para que me cayeras bien, Bolinas —exclamó riendo.

Félix negó con la cabeza y terminó de remendar la capa. Hizo un nudo con el hilo y cortó el sobrante con los dientes. Luego sostuvo la capa delante de él para examinarla. Sacudió la cabeza y decidió que buscaría una costurera cualificada en el primer puerto civilizado al que arribaran.

Echó un vistazo por encima de la borda. A lo lejos, la franja negra de la costa se extendía por el horizonte. Frunció el ceño. Siendo un muchacho había oído historias sobre las Tierras del Sur y había visto los enormes y coloridos saurios en sus recintos del zoo imperial cuando estudiaba en la universidad. Pero nunca se le había pasado por la cabeza que algún día terminaría recorriendo penosamente las junglas, siguiendo a un Matador suicida. Gotrek le dio una palmada en la espalda que estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—Allí hay muerte, humano —dijo el Matador—. Puedo olerla.

Félix se envolvió los hombros con la capa.

—¿Tu muerte o la de otro?

Gotrek continuó hablando como si no le hubiera oído:

—Dicen que en esas junglas hay lagartos del tamaño de montañas, humano. Con dientes como lanzas y garras como espadas. —Suspiró exultante—. No es una muerte tan gloriosa como ante un dragón, pero bueno, ¿cuántos dragones llegas a ver en la vida? —Miró de soslayo a Félix—. Y yo ya vi el mío.

—Casi morimos luchando contra aquella criatura —dijo Félix temblando un poco. Su mano buscó instintivamente la empuñadura de su espada. *Karaghul* tenía su propio destino. La hoja estaba ávida de la sangre de bestias antiguas y Félix había sentido de primera mano ese apetito cuando él y el Matador se toparon con el monstruoso Skjalandir. La espada había permanecido inactiva desde entonces, pero a veces, en momentos de calma, Félix recordaba cómo la voluntad no humana de la espada había fortalecido la suya, o quizá la había suplantado, y lo había empujado hacia lo que entonces le parecía una muerte segura. Esperaba no volver a experimentarlo nunca más. Se aclaró la garganta antes de hablar:

—En cualquier caso, creía que buscábamos un tesoro, no lagartos gigantes.

A Gotrek se le iluminó el rostro.

—Ajá —dijo en voz baja—. Se dice que los *dawi* de Karak Zorn colocaban preciosas gemas a lo largo de las avenidas de su fortaleza, talladas y facetadas por los mejores joyeros de la raza de los enanos, y que las ubicaban de tal manera que una sola antorcha bastaba para iluminar toda la fortaleza. Los escudos de su clan estaban chapados en oro y sus hachas estaban ribeteadas en plata. Sus señores vestían capas de piel de saurio y armaduras forjadas con el extraño hierro rojo que extraían de las canteras situadas en las profundidades de la jungla. Se contaba también que incluso habían domado a las enormes bestias y construido inexpugnables ciudadelas sobre el lomo de los saurios más grandes con la intención de llevarlos al campo de batalla. Ajá, fueron ricos y poderosos... en su época. —Gotrek tenía las manos apoyadas en la barandilla del barco mientras hablaba—. Perdimos el contacto con ellos mucho antes del estallido de la Guerra de la Venganza, y fueron muchos los que afirmaron que los apestosos *elgi* habían utilizado su magia vil para destruir la fortaleza y a todos los que la habitaban —espetó Gotrek. Tenía todos los prejuicios de su raza contra sus ancestrales rivales, los elfos, si bien Félix creía que la manía del Matador se había suavizado un poco después de sus aventuras en la neblinosa isla de Albión. Gotrek gruñó y escupió por la borda—. Pero nadie lo sabe con certeza. Nadie sabe dónde se encuentra, o se encontraba, Karak Zorn.

—Me sorprende que ni siquiera esté señalada su ubicación en ningún mapa —observó Félix. Había querido destacar ese hecho desde que zarparan

del puerto, pero Gotrek no le había dado la oportunidad de hacerlo hasta ese momento. Aun así, Félix se sentía inseguro.

Gotrek estiró el cuello para fijar su único ojo en Félix.

—¡Un mapa! —dijo con un tono fulminante—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí? —La barandilla crujió entre sus manos—. En lo referente a la cartografía, ningún pueblo supera al mío, humano. Si hubiera un mapa de Karak Zorn, si alguna vez hubiera existido un mapa de la Gran Fortaleza del Sur, ¿no crees que yo lo sabría? —La madera se astilló cuando apretó la barandilla con las manos.

Félix miró a otro lado.

—¿Cómo pretendes encontrarla entonces? —quiso saber.

Gotrek inspiró por la boca con los dientes apretados y paseó la mirada por las olas y la lejana costa.

—Lo sabré cuando la vea —respondió finalmente, a regañadientes.

—¿Que lo sabrás cuando la veas? —exclamó Félix—. ¿Qué significa eso?

—La jungla no es tan grande —respondió sin más el Matador.

—Gotrek, las Tierras del Sur no son solo «una jungla». No estamos hablando del bosque de Drakwald —protestó Félix. Gotrek no lo miró. Félix observó al Matador fijamente y la comprensión de las intenciones del enano se filtró en él como el frío nocturno—. ¡Gotrek, no podemos buscar en cada centímetro cuadrado de las Tierras del Sur! ¡Tardaríamos décadas!

—No hace falta que busquemos en cada centímetro cuadrado, humano. Solo en el interior, cerca de donde las Montañas del Fin del Mundo atraviesan las junglas —dijo Gotrek—. Solo tardaremos un par de años, a lo sumo. —Vaciló un momento—. O tal vez una década. —Luego, un poco a la defensiva, añadió—: No es mi culpa que los humanos tengáis una vida tan corta.

Félix se quedó mirando al enano. Luego devolvió la vista a la costa, ahora en su mayor parte velada por la densa bruma que ascendía desde el agua a medida que caía la noche. Sintió que se le encogía el estómago. Una década errando por junglas sofocantes y pantanos infestados de insectos. Una década esquivando casi dragones hambrientos y el resto de los horrores que seguramente poblaban esa tierra mortal. Sepultó el rostro en sus manos y gruñó suavemente.

—Debería haber dejado que la caballería del emperador me arrollara —murmuró.

Gotrek gruñó.

—Esta maldita niebla es cada vez más espesa. Si no fuera porque hemos dejado muy atrás su condenada fortaleza, juraría que es un truco de los elfos.

Félix se movió con nerviosismo. Solo habían visto de lejos la Isla del Sol, a través de una cortina de bruma y encantamientos, pero se habían acercado demasiado para su gusto a las figuras esbeltas de los barcos de guerra de los elfos, que cortaban las olas festoneadas de la niebla con una velocidad y una elegancia que hacían que hasta los más imponentes galeones de Marienburgo parecieran unos trozos de corcho a la deriva. No obstante, habían atravesado las aguas de los elfos sin ser molestados.

—Si no fuera por esa condenada fortaleza, probablemente ya nos habrían atacado los elfos oscuros, corsarios o piratas de alguna índole —dijo Félix.

—Lo sé —refunfuñó Gotrek—. Los malditos elfos siempre lo estropean todo.

Cortó con la mano las volutas de niebla, que rápidamente recuperaron su forma.

—Maldita niebla —volvió a gruñir.

La niebla recordó a Félix las que habían visto en Albión y frunció el ceño al mismo tiempo que sacudía una mano delante de la cara.

—Espero que Bolinas esté lo suficientemente sobrio para guiarnos a través de la niebla —dijo Félix. Se dio la vuelta. La niebla se expandía por la cubierta y se arremolinaba alrededor de los mástiles. La tripulación se había tranquilizado y estaba callada. Algunos, los más próximos a la barandilla, lanzaban miradas inquietas por la borda. «¿Qué saben ellos que nosotros no?», se preguntó Félix.

—Bolinas navega mejor cuando está borracho —dijo Gotrek. Se apartó de la barandilla y se dirigió con pasos pesados hacia el lugar donde había dejado el hacha.

Félix agarró su espada y se abrochó el cinturón alrededor de la cintura. Vio a uno de los hombres de Bolinas que estaba repartiendo alfanjes y picas de abordaje entre la tripulación. Ya no había duda de que estaba pasando algo. Félix miró a su alrededor y divisó a Bolinas en la rueda del timón, con una botella nueva en la mano y los ojos fijos en la niebla que era cada

vez más densa delante de ellos. Félix subió a la cubierta superior para ponerse a su lado.

—No he podido evitar fijarme en que tu tripulación está preparándose para problemas, capitán —dijo en voz baja.

Bolinas lo miró de reojo.

—Ajá. Como ya he dicho, son aguas peligrosas —dijo sonriendo.

—Piratas —sugirió Félix.

—Piratas, ajá. Hay piratas, y cosas peores —repuso Bolinas. Dio un trago a la botella—. Los piratas serían una bendición de Ulric, sinceramente. Los muertos no descansan tranquilamente en estas aguas, Jaeger. —Presionó la botella contra la mejilla y continuó—: No estamos lejos del mar Amargo, ni de las flotas de hueso y latón que surcan estas aguas oscuras.

Félix inmediatamente comprendió el significado de las palabras de Bolinas.

—La Tierra de los Muertos —musitó, y automáticamente se ciñó la capa alrededor del cuerpo. De niño había oído historias sobre la Tierra de los Muertos y, más recientemente, en Tilea.

Era una tierra donde nada vivía y aun así había cosas que se movían. Un lugar de grandes ciudades tumba custodiadas por legiones de esqueletos y gobernadas por reyes no muertos, todavía envueltos en sus atuendos funerarios. Un cataclismo acaecido hacía mucho tiempo había reducido un imperio poderoso a un lugar de polvo y huesos tintineantes.

—Pensaba que estábamos lejos de Zandri —dijo Félix nombrando la necrópolis costera que los marineros sartosanos tanto temían—. ¿No es de allí de donde se dice que parten las flotas de guerra de muertos?

—Ajá, pero estamos cerca del golfo del Miedo, y es de allí de donde zarpan las flotas de las ciudades tumba que lindan con las Tierras del Sur. O eso he oído, pues nunca he visto una —dijo Bolinas tomando otro trago—. Y no tengo ninguna prisa en hacerlo.

—Ya somos dos —repuso Félix. Dejó caer la mano al pomo de *Karaghul*. Se había enfrentado más de una vez con muertos reanimados y había perdido amigos y más que amigos a manos de ellos. Cerró los ojos cuando un rostro pálido y aristocrático afloró en su memoria; arrinconó el recuerdo de la kislecita muerta que había amado. Ulrika había desaparecido en las tinieblas y, aunque su camino juntos estaba plagado de obstáculos, la culpa

no había sido de ella. Félix no sabía dónde estaba Ulrika ahora; tampoco le gustaba pensar en ello, ni en la criatura con los ojos rojos en la que se había convertido.

—Yo sí he visto a los muertos —gruñó Gotrek. Félix se volvió, sobresaltado. La niebla había permitido que el Matador se hubiera acercado a ellos sin ser detectado—. Y también he luchado contra ellos. —Gotrek arrancó la botella de la mano de Bolinas, que hizo un débil ruido de protesta. El Matador volcó la botella, la vació y la arrojó por la borda con indiferencia—. Mueren como el resto de los *uzkular*. Machácales la cabeza o la columna vertebral y dejarán de ser una amenaza. —Levantó el hacha para dar énfasis a sus palabras. A la luz de los faroles que colgaban del mástil, las antiguas runas grabadas en la hoja brillaron con una extraña luz trémula—. Esos muertos arrugados están perdidos en épocas oscuras, humano. Están anclados en el pasado y ni siquiera saben que están muertos.

—Eso no aumenta mis ganas de encontrármelos —replicó Félix.

Si bien le parecía gracioso oír a un enano acusar a otro de estar anclado en el pasado, Félix hizo un esfuerzo para que su cara no lo revelara. Era imposible saber cómo se lo tomaría Gotrek.

—La cabeza y la columna vertebral, humano —repitió Gotrek—. Solo preocúpate de apuntar a su cabeza y a su columna vertebral.

—Genial —repuso agríamente Félix—. Lo tendré presente.

Permanecieron en silencio un rato que a Félix se le hizo eterno. Bolinas pilotaba el *Orfeo* a través de la densa niebla, guiándose al parecer por su instinto y las indicaciones que le gritaban los tripulantes encaramados a lo más alto de los mástiles. Se habían encendido faroles de vigilancia que colgaban de todos los salientes disponibles, pero la creciente niebla engullía la luz. Los braseros y las antorchas no servían de nada y enseguida se hizo casi imposible distinguir lo que había más allá de la proa del barco.

Aburrido, Gotrek había abierto un barrilete de cerveza y se había sentado en la cubierta de popa a empujar el codo. Félix, por su parte, estaba demasiado nervioso para beber o gandulear, así que escrutaba la niebla y jugueteaba distraídamente con la empuñadura de la espada, pensando en desiertos abrasados por el sol y tumbas antediluvianas. Una parte de él, la sensata, se amedrentaba ante ese pensamiento, aun cuando también lo amedrentaba la idea de errar por la inmundicia de las Tierras del Sur durante meses. Sin embargo,

otra parte, la misma que lo había impulsado a hacer un juramento de sangre a un enano tuerto y loco, se sentía intrigada. Su padre había financiado uno de los primeros intentos del gremio de los exploradores de Altdorf de cartografiar Nehekhara, y Félix todavía recordaba el antiquísimo y deteriorado papiro que su padre había colgado en la pared de su despacho, rodeado por su grueso marco de madera.

De niño había contemplado durante horas aquel papiro con una extraña escritura pictográfica. Le había parecido la entrada a un mundo fuera de los aburridos confines de Jaeger e Hijos, un mundo de peligros y emociones. Había tenido de ambas cosas, a espuertas, en los últimos años. Félix consideraba que había vivido suficientes aventuras para varias vidas. Apenas había puesto negro sobre blanco una tercera parte de ellas, pues le faltaba tiempo para escribir. A veces se preguntaba si en algún momento lo tendría, o si perdería sin haberlo conseguido.

Llegó un sonido desde la niebla. Osciló en el aire y se apagó antes de que Félix pudiera concentrarse en él. Se puso tenso y el repentino subidón de adrenalina hizo que todos los pensamientos relacionados con la escritura desaparecieran de su cabeza.

—¿Lo has oído, Gotrek? —preguntó volviéndose hacia el Matador. Este se había puesto en pie, empuñaba el hacha y tenía su único ojo entrecerrado.

—Silencio, humano —gruñó Gotrek. Se dirigió sigilosamente hacia la barandilla con la cabeza ladeada.

—¿Qué oyes, Gurnisson? —inquirió Bolinas.

—Chsss —ordenó Gotrek levantando una mano.

Bolinas guardó silencio. Félix lo oyó un instante después: un ruido seco rítmico —bum, bum, bum— que hizo que se le erizara el vello de la nuca. Daba la impresión de que perforaba la niebla desde todas direcciones y, por un momento, Félix pensó que eran las olas rompiendo, o cañonazos, aunque sonaba demasiado regular para ser alguna de esas cosas. Escudriñó la niebla intentando ver a través de ella, pero no había duda de que lo que quiera que fuera lo que producía aquel sonido estaba muy lejos.

—¿Qué es eso, Gotrek?

El Matador no respondió y continuó escrutando ferozmente la niebla, con el semblante serio y el hacha cruzada sobre el pecho. El volumen del sonido rítmico aumentó. Los tripulantes del barco, que se habían quedado

tan callados como la niebla que los rodeaba, se pusieron a cuchichear entre ellos, hasta que el estentóreo bramido de una orden proferida por uno de los hombres de Bolinas, un fornido bretoniano con una cara que parecía la parte inferior de una barcaza y unos músculos casi tan abultados como los de Gotrek, hizo que volvieran rápidamente a sus tareas. El sonido rítmico no disminuyó, y justo debajo de él, casi como una ocurrencia, Félix creyó detectar un chapoteo.

De repente, las gaviotas que no habían echado a volar un rato antes con el arrebató de Gotrek lo hicieron en ese momento, con una cacofonía de chillidos y batiendo frenéticamente las alas. Los pájaros se elevaron por el aire con una desesperación aviar que Félix solo había visto antes en palomas tratando de escapar de un gato callejero. Las observó mientras ascendían en espiral hasta que las perdió de vista en la niebla cada vez más espesa. A medida que las gaviotas desaparecían, también sus chillidos se apagaron hasta que dio la impresión de que nunca habían estado allí. El ruido repetitivo de golpes continuaba sonando, incesante y cada vez más alto.

En contraste con ese estruendo, el viento fue perdiendo fuerza hasta que las velas se deshincharon y colgaron como odres vacíos; el *Orfeo* redujo su velocidad y avanzó por el mar perezosamente. La niebla que envolvía el ententecido barco se espesó y no tardó en deslizarse por las barandillas y arremolinarse alrededor del mástil, trayendo consigo un calor sofocante. Félix se secó el sudor de la cara con el borde de la capa.

—¿Qué ha pasado con el viento? —preguntó. Su propia voz sonó débil y apagada en sus oídos.

—Ha huido, como las gaviotas —respondió en voz baja Bolinas. Ya no arrastraba las palabras al hablar y se erguía recto, sin rastro ya de su encorvamiento y su porte desgarbado habituales. El miedo había hecho que se le pasara la borrachera de golpe—. No hay duda de que hemos entrado en una zona de aguas yermas.

Félix iba a preguntarle qué quería decir con eso, pero se lo pensó mejor. Envolviendo con la mano la empuñadura de la espada, hizo el ademán de acercarse a Gotrek junto a la barandilla, pero entonces la brújula del barco atrajo su atención. El instrumento era un artilugio grande, compuesto a partes iguales de metal y vidrio, instalado en una caja de madera hermosamente tallada y con forma de grifo imperial rampante. El grifo estaba agachado bajo

el peso de la brújula y sostenía el instrumento con las garras, orientado hacia el timonel. Félix echó un vistazo fugaz a la brújula mientras caminaba hacia la barandilla y devolvió la mirada al frente, pero cuando su cerebro procesó lo que había visto, se detuvo y la miró de nuevo. Sus ojos se abrieron con una expresión de ligera sorpresa y maldijo mientras observaba cómo la aguja daba vueltas sin parar, trazando círculos sin sentido.

—Mira la brújula, Gotrek —murmuró Félix haciendo gestos para llamar la atención del Matador. El enano no le hizo el menor caso.

—Déjalo, humano. Solo los elfos y los humanos confían en esos artilugios. Un enano siempre sabe en qué dirección se mueve —masculló el Matador. Entornó el ojo mientras escrutaba la niebla.

Félix sabía que los enanos podían ver más lejos y con más claridad que los humanos, pero dudaba que ni tan siquiera Gotrek fuera capaz de ver a través de la impenetrable niebla. El ruido rítmico de golpes secos sonó más fuerte, como si lo que quiera que lo causara estuviera acercándose a una velocidad constante. Parecía estar perforando la niebla en dirección a ellos y el tono vibrante le producía dentera a Félix.

—Y, solo por curiosidad, ¿qué dirección es esa ahora mismo? —terció Bolinas.

—El norte —respondió Gotrek, pero inmediatamente se corrigió—: Más o menos. —El Matador escupió y miró a Bolinas—. Hemos perdido el rumbo y llevamos así desde que entramos en esta maldita niebla.

—Es inevitable —gruñó Bolinas—. No veo, no puedo navegar. Solo nos queda rezar para que no golpeemos un arrecife o encallemos. —Lanzó una mirada ceñuda al Matador—. Sabía que no debía dejarte subir a bordo, Gurnisson. Eres un maldito gafe, ya lo creo.

—No pienso permitir que una niebla pestilente me robe la oportunidad de encontrar mi destino —espetó agresivamente Gotrek. Blandió el hacha y Félix pensó por un momento que iba a arremeter contra la niebla en un vano arrebato. Sin embargo, la cara del Matador adquirió una expresión calculadora.

—¿Qué pasa? —preguntó Félix.

—Creo que ya sé qué es este maldito ruido —respondió Gotrek. En su voz había una nota de regocijo que Félix conocía perfectamente y temía. El hecho de que el enano estuviera feliz significaba que los demás, incluido él,

muy pronto se sentirían unos auténticos desgraciados. El Matador volvió a mirar a Bolinas y dijo—: Te aconsejo que descorches el ron para las batallas que ordenes a tu tripulación que se prepare para luchar, Bolinas, porque no estamos solos.

El capitán se quedó mirando a Gotrek un momento y de pronto una expresión de comprensión afloró en sus ojos.

—Por los dientes de Ulric —masculló—. ¡A las armas, chicos!

—¿Cómo? ¿Qué pasa? —preguntó Félix alzando la voz para hacerse oír. El ruido de golpes rítmicos era ahora tan fuerte que le dolían los oídos y se propagaba por la cubierta como un trueno. Pero oía algo más, como el sonido de remos.

—¿Es que no me estabas escuchando, humano? Los vivos no son los únicos con intereses en estas aguas. ¡Mira! —bramó Gotrek señalando con el dedo.

Félix miró y un instante después el corazón le dio un vuelco. Las galeras que surgían de la niebla eran largas y estrechas y se deslizaban bajas por el agua; aun así, eran más grandes y pesadas que el *Orfeo*. De hecho, el barco de Bolinas parecía un juguete al lado de los enormes cascos que surcaban el mar en dirección a ellos.

Había una docena y se movían mucho más rápido que cualquier embarcación transoceánica que Félix hubiera visto antes. Cada una de las galeras constaba de tres hileras de remos en cada lado que abrían surcos espumosos en las aguas mientras impulsaban implacablemente los barcos. Cada galera tenía una vela cuadrada con lo que parecía una estilizada serpiente, un áspid o una víbora, estampada. Esta vela colgaba de un grueso mástil situado casi en el centro, solo un poco más cerca de la proa, y delante de ella, instalada en un mástil más pequeño, había otra vela más pequeña, triangular.

En el castillo de popa de las embarcaciones se veían unas figuras demacradas aporreando unos grandes tambores y unos extraños esqueletos se apelo-tonaban a lo largo de las barandillas. A Félix se le pusieron los pelos de punta cuando reparó en los huesos amarillentos de esos guerreros. No era la primera vez que veía no muertos, pero siempre lo horrorizaban. Los huesos deberían descansar en tumbas y ataúdes, no estar animados y armados. La galera más próxima ya se había acercado tanto que Félix fue capaz de distinguir los raros jeroglíficos grabados concienzudamente en la proa chapada de bronce y

afilada como un cuchillo que se dirigía imparablemente hacia la parte central del *Orfeo*. Bolinas bramaba órdenes mientras giraba la rueda del timón para tratar de cambiar el rumbo del barco y evitar lo inevitable.

Félix miraba fijamente el barco que se acercaba, momentáneamente paralizado por la impotencia ante la inminente destrucción. Gotrek maldecía y gesticulaba, más frustrado que asustado por la situación. Unos marineros dieron unos gritos de alarma en el otro lado del *Orfeo*. Félix se dio la vuelta como una exhalación y puso los ojos como platos cuando vio una segunda flotilla de galeras deslizándose hacia su barco desde el otro lado. Estas exhibían en las velas lo que a Félix le pareció un halcón u otra ave rapaz en vez de la serpiente, pero por lo demás, para sus ojos de inexperto, las embarcaciones eran idénticas. Eran enormes y se precipitaban hacia él, y eso era lo único que importaba.

—Al parecer estamos atrapados entre un trol y un precipicio, humano —gritó Gotrek. Sacudió el hacha de una manera insinuante hacia la primera galera—. ¡Venid, polvorientos despojos de buitres! ¡Venid a Gotrek!

Félix pensó por un momento que Bolinas había conseguido maniobrar para escapar milagrosamente de la trayectoria de la galera y el corazón le dio un vuelco. Pero entonces se oyó el estruendo de un ariete de bronce atravesando la cubierta de popa, y el *Orfeo* se desplazó lateralmente con una explosión de madera y jarcias. Los marineros saltaron por los aires volando y gritando. La fuerza del impacto partió el barco en dos a la altura del mástil.

Félix salió disparado hacia arriba, y mientras daba vueltas y más vueltas en el aire vio, como si el tiempo se hubiera ralentizado, que el capitán Bolinas volaba hacia la proa del barco, todavía aferrando la rueda del timón, envuelto en una nube de astillas. El marinero fornido desapareció en una neblina roja cuando el mástil se precipitó de lado y una pesada polea que se había desprendido de las jarcias impactó en su cabeza, le hizo dar una voltereta en el aire y lo tiró al agua. En cuanto al Matador, con el hacha en la mano y una canción de muerte en los labios, trepó por la montaña de escombros en dirección al casco de la galera que había partido por la mitad el *Orfeo*.

En la última imagen que Félix vio de Gotrek, este arremetía con su hacha en el costado de la galera. No se había percatado de su ausencia o quizá simplemente le daba igual. Félix cayó en picado al agua.

Impactó con tanta fuerza contra la superficie del mar que se le vaciaron los pulmones de golpe. El agua lo apresó con avidez y lo arrastró hacia las profundidades. Su capa se hinchó y luego se arrugó a su alrededor mientras se hundía, envolviéndolo con sus pliegues empapados mientras sus pulmones amenazaban con explotar por la falta de aire. La pesada cota de malla le oprimía el dolorido pecho mientras él pataleaba y movía los brazos con frenesí para tratar de zafarse de las garras invisibles del mar. En torno a él pasaban más cuerpos que se precipitaban hacia la oscuridad, girando en el agua como parejas de un baile interrumpido.

Trozos de madera, jarcias, cabos partidos y barriles destrozados perforaban las tinieblas del mar y descendían describiendo arcos hacia las profundidades, arrastrados por la corriente de la destrucción del barco. Félix se despegó el borde de la capa de la cara en el mismo momento en que una verga partida del barco se dirigía como un sacacorchos hacia él. El palo lo golpeó de refilón y lo envió girando a través de las profundidades; la oscuridad tiraba de su mente mientras el dolor le recorría el cuerpo magullado.

Su torturado cuerpo había llegado a su límite. Los continuos golpes habían consumido las fuerzas de sus músculos y los movimientos de sus brazos y sus piernas eran más débiles a medida que el agua lo envolvía con su abrazo. El agua salada le quemaba la nariz, la boca y los oídos, y Félix oía los latidos cada vez más lentos de su corazón. Lo único que veía era una multitud de colores que se arremolinaban y se agitaban dentro de su cabeza. Lo único que deseaba era cerrar los ojos y descansar, solo un momento, hasta que recuperara las fuerzas.

Su último pensamiento antes de que la oscuridad lo reclamara fue preguntarse a quién encontraría Gotrek ahora para que escribiera sobre la búsqueda de su destino.